



HISTORIA SISMICA

DE LOS

ANDES MERIDIONALES AL SUR DEL PARALELO XVI

POR

D. FERNANDO DE MONTESSUS DE BALLORE

Director del Servicio Sismológico de Chile

(Continuación)

En su poema heroico «Lima fundada», el Dr. D. Pedro de Peralta Barnuevo (1) dedica las octavas LV á LXX del canto sétimo á la ruina de Concepcion del año de 1730. Sus versos no dejan de ser algo oscuros, pero con cierta atención es fácil darse cuenta de que esta descripción poética de la catástrofe concuerda con las relaciones originales hasta tal punto que si el autor no la presencié, á lo menos ha sido informado con suma precisión por un testigo ocular. Por este motivo y prescindiendo de las octavas LXIII á LXX, cuyo carácter es por demasiado mitológico, se reproducen

(1) Lima, 1732. Reimpreso en 1863.

agüí las ocho primeras, que no dejan de confirmar la veracidad de los documentos antecedentes.

- LV. Cuantos furores el abismo encierra
En las caliginosas cavidades
Tiféos son, que á Chile harán la guerra,
(Hermoso cielo de fecundidades)
En el reino, que piélago es de tierra,
Bajeles de edificios las ciudades,
Al naufragar el seño más profundo,
Aun no les servirá de tabla el mundo.
- LVI. Duro será más favorable,
El primero vaivén; para que pueda
Huir la gente el segundo formidable,
A quien el triste país fuerza es que ceda;
De Santiago el recinto lamentable
O ya en fragmentos, ó en cenizas queda!
Siendo tal horror que la fulmina,
Que es un ímpetu escape á una ruina.
- LVII. Pero en tanto de furia más airada,
Lacrimoso funesto monumento
Yace la Concepción que desolada
De uno y otro será cruel elemento:
¡Que horror! todo lo veo allí inundado,
De la más alta torre al pavimento,
Tal, que atroz generación de amagos
Puede quedar de escollos á otros estragos.
- LVIII. Como en vaivenes fluctuando hinchados
Al mar la tierra embravecida incita,
En flujos remeciéndose encontrados,
Sobre la tierra el mar se precipita:
Retírase, y en montes encrespados
Pende, y suspenso más se habilita;
Y en la misma preñez de la inminencia
Le mirará abortando la violencia.

- LIX. La gente, que al temblor menos terribles
No sale incauta, casi ya se anega;
De suerte que del lecho, más horrible
Neptuno expele al que Morfeo ciega:
Ya el choque del tridente irresistible
De la rodilla á la cintura llega;
Y á los montes se suben, y aun los montes,
Temer verse de cumbres horizontes.
- LX. Así seguidos ímpetus furiosos,
No excelsas ondas, líquidas montañas,
No montañas serán, orbes undosos,
Que el golfo va á abortar de sus entrañas:
Las que no hundan sus golpes horriblos
Fábricas, pasá á partes tan estrañas,
Que son, cuando á fatal puerto las llega,
Naves de estrago en que el horror navega.
- LXI. La ciudad triste, aun más que estremecida,
Padecerá del agua sepultada:
Pues demás de la fábrica abatida
Tendrá toda la vida trastornada:
La ropa aun para el abrigo consumida,
La copia al alimento arrebatada
Tendrán las gentes con tan crueles señas,
Si el durar, el parecer de peñas.
- LXII. Vendrá el temblor segundo, que sonante
Nuevo terror al triste pueblo excita;
El monte, á que ha ocurrido, Etna es fluctuante,
Que por llamas al cielo hombres vomita:
La tierra aleve, el cielo es conminante,
El aire hiela, el piélago se incita:
¡O infeliz! pues en males tan violentos
Eres cuerpo y no tienes elementos.
-

1743. Enero (?). De noche. Valparaíso. Temblor fuerte.

Dice Byron (1):

Una noche cuando ya estábamos encerrados, se sintió el violento remezón de un temblor. Por momentos esperábamos que el techo y las murallas de nuestra prisión se nos cayera encima y nos hicieran pedazos, y á este horror se agregaba el ruido de cadenas y las imprecaciones de la prisión vecina, donde había cerca de setenta bribones pesadamente cargados de grillos, á los cuales se les obligaba aquí á trabajar en las fortificaciones, así como en otros países se les condena á grillos.

Se sabe por su relación que Byron salió de Castro el 2 de Enero de 1743 y que el quinto día después, según dice el mismo:

«Avistamos tierra á 4 ó 5 leguas de Valparaíso, donde pasé poco tiempo antes de salir para Santiago.»

De esto se deduce que el temblor tuvo lugar en Enero, cuando Byron estaba encerrado en un calabozo de Valparaíso por orden del gobernador del puerto.

**1743. Junio 25. IV. En el mar, cerca de Juan Fernández.
Temblor submarino.**

Al segundo día de navegación de la isla de Juan Fernández hacia el Callao. Dice Ulloa (2):

(1) Relato del honorable John Byron, (Comodoro de la última expedición al rededor del mundo) que contiene una exposición de las grandes penurias sufridas por él y sus compañeros en la costa de Patagonia desde el año 1740 hasta su arribo en Inglaterra en el año 1746, con una descripción de Santiago de Chile y de las usanzas y costumbres de sus habitantes y además una Relación de la pérdida de la fragata «Wager» de la escuadra del Almirante Anson (Traducida al castellano, de la primera edición inglesa publicada en 1768 por José Valenzuela D. Santiago. 1901).

(2) Ulloa (Jorge Juan Antonio). Relación histórica del viaje hecho de orden de S. Maj. á la América Meridional, Madrid. MDCCLVIII. III. 374.

Se sintieron dos fuertes estremecimientos de tierra en el navío, que se infrieron efectos de un temblor de tierra; pues parecía haber tocado el navío en algún baxo, según lo muy sensible que fueron, siguiendo el uno al otro con el intervalo de un minuto y medio.

Los fenómenos sísmicos son muy raros en esta región del Pacífico y no puede suponerse que éste haya sido sentido fuerte en el continente, pues en éste caso no hubiera escapado á la atención de los historiadores.

1751. Mayo 25. Entre I II. La Concepción. Terremoto y maremoto

El terremoto y maremoto de 1751 que asoló á Concepción, hasta el punto que se la trasladó pocos años después en su actual ubicación cerca de la desembocadura del Bío-Bío, abandonando así la antigua Penco en orillas de la bahía de Talcahuano, constituye un fenómeno sísmico de primer orden sobre el que los cronistas de la época nos han conservado dos relaciones detalladas con pormenores bastante precisos. Claudio Gay publicó la una y la segunda, ya impresa en las célebres Cartas edificantes, ha sido reproducida por don J. T. Medina en su Biblioteca Hispano-chilena, siendo así más accesible á los lectores de la América del sur. Mediante estos documentos y algunos otros de menor importancia, la descripción del infausto acontecimiento deja poco que desear, si se tiene en cuenta que en esta época ya remota el punto de vista científico atraía bien poco la atención de los escritores, cuyas relaciones resultaban generalmente con un carácter más bien dramático que positivo.

En la noche del 23 de Mayo se sintió en Concepción un primer remezón, bastante fuerte para que la gente pernoc-tase afuera no solamente esta misma noche, sino también hasta la siguiente del 24 al 25, pues aleccionada como era por el recuerdo de la propia catástrofe de 1730 y de la de

Lima y del Callao del 28 de Octubre de 1746, temía una salida del mar. Debido á esta sacudida promonitoria, el terremoto no sorprendió desapercibida á la población, con lo que fué muy reducido el número de víctimas.

Sucedió éste el 25 entre la una y las dos de la mañana, y felizmente le precedió ó lo anunció otra vez más, diez minutos ó un cuarto de hora antes, un primer remezón. En 1730, Concepción había sufrido sólo del maremoto, mientras que en 1751 el terremoto propiamente dicho fué destructor. Duró como seis minutos, dicen los cronistas contemporáneos, con tres repeticiones de mayor violencia y se derribaron por completo ó parcialmente los edificios públicos y particulares de la ciudad.

Mientras los habitantes se apresuraban á sacar de debajo de los escombros á los pocos heridos, niños ó viejos achacosos que se habían dejado sorprender, el grito «*el mar se retira*» infundió el terror más grande y la población entera huyó hacia los cerros vecinos. Los documentos originales discrepan entre sí en cuanto al intervalo de tiempo que trascurrió entre ambos fenómenos: media hora, relata el uno, apenas pasó lo recio del temblor, cuenta el otro. Teniendo en cuenta que se completó el desastre por la tercera ola á consecuencia de su mayor subida y violencia, las dos informaciones no son incompatibles entre sí.

Puede decirse que Concepcion sufrió una ruina total y á consecuencia del nuevo desastre que así se repetía, y con mayor violencia aún, después de solo 21 años, se decidió la traslación de la ciudad á otra parte menos expuesta, un suceso cuya índole histórica nos permite dejar en silencio las peripecias políticas y administrativas que lo acompañaron.

Las demás ciudades del sur experimentaron también daños de mucha consideración, pero son bastante escasos los pormenores que nos han conservado los escritores de la época.

En los manuscritos ya citados de Claudio Gay, se encuentra una nota sucinta (T. XVIII, Ramo eclesiástico. 18) que

da á conocer la caída de la iglesia de Arauco, pero sin referirse explícitamente á fuente alguna.

Se arruinó Chillán. Dice J. T. Medina (1):

El 25 de mayo de 1751 se arruinó Chillán por un temblor, habiendo perecido en él el Alcalde D. Carlos de Soto, y sus habitantes se trasladaron al lugar de la Haca. Para aprobar la traslación, el Presidente Rozas, por auto de 14 de julio, mandó se juntase el pueblo en cabildo abierto al que asistirán el vicario y prelado de las religiones.

Reunióse el cabildo abierto el 7 de agosto, no sin que hubiesen mediado pareceres opuestos é interesados y algunas rencillas del Prior de Santo Domingo y del Cura, aprobándose al fin la traslación por auto de 25 de Septiembre.

Cauquenes, que por entónces se llamaba Tutubén, y Talca se arruinaron, pero faltan pormenores precisos.

• En Curicó, los perjuicios fueron gravísimos. Dice Tomás Guevara (2)

«La iglesia de San Francisco y casi todos los edificios se derrumbaron. Los sacudimientos que siguieron repitiéndose en los días siguientes, acabaron de arruinar las casas. Aunque menos intensos que el primero, tan seguidos y recios eran, que derribaban del fuego de las cocinas los utensilios del servicio doméstico é impedían por esta circunstancia á los aterrados habitantes que hicieran sus comidas habituales».

Santiago sufrió relativamente pocos perjuicios. Se destruyó la torre de la catedral, se arruinaron algunas casas ó edificios, y entre éstos una capilla que acababa de construirse en Renca. Se rompieron ó desplomaron muchas paredes que fué necesario reparar ó reconstruir. La Compañía sufrió grandes daños en las bóvedas de ladrillos que cubrían sus naves laterales y se hizo indispensable reemplazarlas por un

(1) Cosas de la colonia. Apuntes, Crónica del siglo XVIII en Chile. Segunda serie. Santiago. 1910, 175.

(2) Historia de Curicó.—Santiago.—1890.

techo de madera. Se reproduce más adelante una curiosa carta sobre los efectos del temblor en la Capital y la impresión que produjo en una distinguida dama. Los habitantes se instalaron durante algunos días debajo de toldos y de tiendas hasta que disminuyeron las sacudidas consecutivas.

En cuanto á Valparaíso derrumbó algunos galpones y destruyó una vez más la iglesia de La Merced que se había reedificado después de la ruina de 1730.

A estas escasas informaciones se reduce lo que ha escapado al olvido. De ellas se deduce que el área de gran destrucción se extendió á lo menos de Curicó á Concepción, cuya distancia mide unos 250 kilómetros, mientras que la superficie menos damnificada abarcó los 475 kilómetros que separan Valparaíso de Arauco, sin que quepa duda de que hubiera alcanzado á mucho mayor distancia si se tuviera noticias más completas.

El maremoto fué tan arruinador en Concepción como el terremoto, cuyo desastre completó y las relaciones originales son bastante prolijas para dispensar más detalles. Se hizo sentir en toda la costa hasta el Callao donde se observó en la mañana del día 26 sin causar daño alguno. No se sabe si originó daños en Valparaíso, pero fué terrible en Más á Tierra, según lo relata Vidal Gormaz (Nafragios. I. 93) citando al padre Francisco Enrich (Historia de la Compañía de Jesús en Chile. II. 209):

«La mar invadió la tierra, inundó el local de la nueva población (San Juan Bautista); un buque que estaba en el puerto se vino tierra adentro; y el gobernador de aquella isla, teniente coronel Juan Navarro Santaella y su señora Doña Antonia del Solar, que se hallaban á bordo, perecieron miserablemente, así como treinta y cinco personas, aplastadas por las ruinas ó arrastradas por las olas».

La expresión *aplastadas por las ruinas* da á pensar que el terremoto hizo también sus estragos en la isla.

Las sacudidas consecutivas fueron numerosísimas y en Concepción duraron casi sin interrupción hasta rayar del día 25, dice el Abate Molina. Ya hemos visto que algunas produjeron perjuicios en Curicó.

De todo este conjunto de datos, aunque sucintamente reseñados, resulta que el terremoto de 1751 fué uno de los mayores de que sufrió Chile desde los tiempos de la conquista. Pero en cuanto á determinar su foco verdadero, no es posible decir más que no pudo ser muy alejado de Concepción, sin que nada permita decidir si tuvo lugar en el océano ó en tierra firme. No le faltó tampoco la probable leyenda de los fenómenos luminosos, pues dice Molina:

Echó por tierra todas las fortalezas y aldeas situadas entre los grados 34 y 40; lo anunciaron algunos terremotos pequeños en las noches antecedentes; pero con especialidad uno que se sintió un cuarto de hora antes que empezase, acompañado de un globo de fuego que se precipitó de los Andes al mar.

Tosca narración de lo acaecido en la ciudad de la Concepción de Chile el 24 de Mayo de 1751

(EX: CLAUDIO GAY. DOCUMENTOS. II. 484).

O Dios tu solo es omnipotente y al mismo tiempo que justiciero y misericordioso, y por la cequedad de los pecadores que sin hacer caso de los divinos auxilios quieren vivir tan embriagados en los vicios como los infelices avitadores de Sodoma y Gomorra no teniendo presente quan presto experimentaron aquellos el azote de la divina justicia negándoles últimamente sus avisos por que arrepentidos con la enmienda aplacasen el justo enojo del altísimo: no lo hicieron y assi muy presto tuvieron el mas trágico fin que en la historia sagrada se refiere, todos en cuerpo y alma pereciera á escepción de la familia de Lot inmediato decendiente de Abraham que por no ser Dios ingrato preservó; no sucedio assi en la triste ciudad de la Concepción, no experimentaron sus moradores tanto el rigor de la divina justizia, pues á este preservó las vidas á las

más y no les nego sus repetidos anteriores avisos, tal entiendo por lo acaescido en esta ciudad el año de 30 y en otras ocasiones que refieren sus moradores y aun más reciente y quasi á la vista el horroroso espectáculo del Callao y Lima; pero aún esto no basta á la dureza del corazón humano, aún más de cerca se deja ver cuanto desea nuestro gran Dios la enmienda del pecador y quan lleno de misericordia embía su castigo que llamándonos á la enmienda y no queriendo que fuese nuestro fin como el de los ya citados sodomistas nos aviso un recio temporal de temblor de tierra la noche del 23 víspera de la lamentable ruina y aun esta misma noche antes del formidable terremoto como diez minutos nos mandó otro la divina providencia como avisándonos que huyemos del peligro pero ó gran Dios quan digno de ser temida vuestra justicia, quan incomprehensible vuestros altos juicios, quan justo vuestro castigo, pero lleno de misericordias, así lo confessa mi fee y lo acredita el sucesso de esta noche en la que para que yo y cada uno de los individuos de esta ciudad (que libramos las vidas) no pereciésemos fué preciso que obrase la divina Magestad (como lo hizo) con cada uno muchas maravillas.

Difíciloso considero el circunstanciar lo acahecido, pues veo no podré significar su diformidad y aunque me dilatasse en decirlo todo no podré dar al lector la intelijencia de lo formidable y espantoso de este caso; pero siendo mi intento el conservar entèramente en la memoria de todos los mortales este aviso del cielo tan importante a la enmienda de los pecadores y vigilancia con que todos devemos vivir.

Mucho temor causó á todos el temblor referido por lo estraño y formidable, la que no dejó de servir para tomar algunas precauciones que si no fueron para lo espiritual (que de esta suerte pudiera averse aplacado el enojo del Señor) fueron para lo corporal, pues los más se con ervaban la siguiente noche, aunque entregado al sueño vestidos ó no, del todo desnudos á excepción de los menos timoratos y menos experimentados que del todo se habían entregado al sueño y descanso; pero a poco mas de la una vino un fuerte remesón con el que todos precipitados corrimos (cada uno en la forma que se hallava) á los patios de las casas y apenas empesávamos a pedir á Dios misericordia cuando descargó la divina Magestad el azote sobre esta ciudad, mando un terrible temblor de

tierra que solo de oír los bramidos que esta dava apenas abía quien no estuviera fuera de sí; su mayor fuerza me pareció que duraría como seis minutos en cuyo tiempo se conocieron seis repeticiones mas fuertes alcansándose el uno al otro y no quedó en este instante templo, casa grande ni pequeña que no se arrojase, pues ni aun las personas se podían mantener en pie ni huir de las casas.

La mayor confusión era en esta infelicidad el considerar que después de tan gran temblor saliendo de su centro el mar con extraña braveza inundaría toda la ciudad (como sucedió en el Callao) cuya memoria desanimava más a los que no havian perecido debajo de las ruinas, se hallava cercado entre ellas y los demás en los patios de las casas queriendo con grandes fatigas uno saltar las exteriores paredes que aún no estaban caídas, otros á derribar sus puertas de la calle que con el peso de la ruina de las casas que cargava sobre ellas era imposible el abrirlas y otros impossibilitados de hacer alguna diligencia pues su cortedad de espíritu los tenía enteramente sorprehendidos y impossibilitados de huir del gran peligro que se experimentava, el que se hallaba en la calle ya recobrado de huir al monte, gritava al paso que corría diciendo el mar sale de su centro, huyan todos al monte lo que tantas veces repetido era aumentar la pena de los impossibilitados á la fuga; y continuando el temblor aunque algo aplacado, considerávamos todos estar en los últimos períodos de la vida, unos para implorar el divino auxilio y otros en vano el humano socorro formavan una grita tan espantosa de los más extraños lamentos que se pueden escogitar: consideresse el conjunto de horrores que en este conflicto rodeava los corazones de estos infelices pues siendo cada circunstancia un accidente peligroso la menor bastava para desanimado el más animoso no creiese llegar a mañana, todos discurrían lo mismo y hubiera sucedido a no haber usado Dios aquí una de sus mayores maravillas, y fué el haber detenido las aguas del mar algo más de media hora después del temblor en cuyo tiempo pudieron con grandísima dificultad saliendo de las ruinas y huyendo desatentados ampararse de los montes en donde ya colocados todos los más vecinos de esta ciudad servía de mayor turbación al ver a esta fluctuando contra las furiosas olas del mar; tampoco había consuelo en mirarse unos a otros pues más parecían todos cadáveres que animados; no notava aquí la curiosidad frágil al ver a la señora, a la plebeya, a la casada y a la honesta doncella, con

la desnudes que permite el lecho de donde despavoridas se arrojaron. Lo mismo sucedió a todo seglar, niño, anciano, clérigo, religioso, y aún a las esposas de J. Ch. no podía causar menos efecto, lo que todos habíamos experimentado, y experimentávamos, pues lo fórmidable del terremoto, los horrorosos bramidos que la tierra dava, el estruendo espantoso que hacían al caer los templos, torres, campanas, edificios, casas grandes y pequeñas, la grande fuerza con que el mar llevaba tras sí los muebles de las casas y fragmentos de todos ellos, los destemplados alaridos y lamentosa gritería de todas las personas, los aullidos de los perros, el desconcertado canto de las aves y pavor de los animales eran los presagios del juicio universal y mucho más al oír y ver a los que fluctuando entre las olas y golpes del mar iban a perecer, no habiendo podido por sus años, achaques o desgracias acojerse al monte; todo en fin ayudava a la mayor turbación y a que todos creyesen su muerte a las faldas de aquel monte por que se derrumbavan todos con tal fuerza de los temblores que incessantemente seguían que persuadidos creyeron otro segundo dilubio, cuando vieron sepultada en el mar a la que poco antes había sido nombrada ciudad de la Concepción pues a la media hora y minutos empezando a hervir el mar se ausentó precipitadamente de sus riberas dejando toda su bahía (que es de tres leguas) en seco, pero como a los siete minutos volvió con grandíssima fuerza encrespando ola sobre ola con tanta altura que excediendo sus límites superó y coronó toda la ciudad entrando con más violencia que la carrera de su cavallo; retiróse con gran fuerza y llevándose tras de sí todas las paredes no aún caídas y muebles de todas las casas, quedó esta ciudad como la plaza más escueta, retiróse otras veces en la forma dha. y volvía aún con más fuerza segunda y tercera vez que las antecedentes.

Con tantos y tan formidables espectáculos no había viviente que lo pareciese; el sacerdote turbado, no acertaba a dar la absolución a los demás y estos por el mismo efecto ni aún estaban en estado de pedirlos, los padres ni aún procuraban por sus hijas, ni sabían si estas habían perecido o nó, pues cada uno salió por donde pudo, sin cuidar el marido de la mujer, ni el hermano de la hermana.

En este infeliz estado (para consuelo), deseábamos la mañana, la que venida renovó nuevamente el dolor cuando dió a la vista más por estenso todo el estrago ya referido y también por vernos en un total desabrigo de ropas y casas, sin tener la menor forma

de ampararse de los grandes fríos fuertes nortes y muchas aguas que en este país hay; nada de menos sensible era verse sin socorro alguno para el sustento preciso de la vida humana, pero la divina misericordia (que en medio de sus rigores usó de mucha piedad) ofreció a uno cantidad de peces muertos que el mar dejó dentro de la ciudad para su sustento, y a otros el poder alcanzar alguna carne que venía del campo por ser este país muy fértil.

Toda la noche proseguió continuamente temblando la tierra, y al día siguiente saliendo y entrando el mar aunque no con la violencia que las tres referidas veces primeras asta el medio día que quedando esta más sosegada siempre continuaron los temblores aunque más moderados.

Había un mes que se hallava en este puerto el navío de Cádiz nombrado la Sacra familia y Sn. Antonio, propio de Dña Jn. Sorrahiz que hacía viaje al Callao de Lima el que padeció mucho en este suceso pues al mismo passo que la tierra temblava, el mar con el que dando el navío fuertes estrechones, parecía hacerse pedazos, parte de sus navegantes que en él se hallavan ajustados, no tuvieron más socorros que implorar el divino, pero cuando más sosegados experimentavan algún consuelo, vieron a sus ojos el mayor peligro del cual sólo la mirericordia del Altísimo los pudo salvar: y fué que con estraño movimiento se retiró el mar con tanta violencia que arrastrando las anclas de dho. navío lo dejó enteramente en seco y casi tumbando á la banda; ¿quien creio no perecer en este caso? O bien rompiéndose el navío como era de temor por estar cargado, ó bien esperando que la abenida del mar, por su violencia y altura lo superase y ahogase el dho. baxel, pues algunos del país á subordo decían que el mar vendría más alto que el palo mayor, lo que servía de mayor turbación á todos los que por instantes esperaban el fin; pero Dios que ya estaba empeñado en usar de sus misiricordias los libró, pues donde estos esperaban la muerte tubieron el alivio, vino en efecto el mar con altura y mucho ruido y no habiendo las anclas de la banda adentro faltado aunque le dió un fuerte golpe y lo arrojó al otro costado, al mismo surgió y quedó nadando; creció el mar hasta nueve brazas y media y hallaron todos consuelo, segunda y tercera vez, se volvió á retirar el mar en los mismos efectos quedándose todas tres veces este pobre navío enteramente en seco y de todo lo sacó Dios con felicidad, el resto de la noche y mañana siguiente estuvo dando

vueltas por lo que se enredaron sus cables, de tal suerte que apenas en cuatro días pudo desenredarse.

Restituido á su navío el capellán y ya recobrado de su desnudez y quebrantos que le ocasionaron las ruinas (de la que le libró Dios milagrosamente) fué advertido por un indio como San Francisco de Asís lo abía arrojado el mar á una isla nombrada la Quiriquina tres leguas de la ciudad el que inmediatamente dispuso ir con el bote del navío á traerlo, pero apenas había saltado en dha. isla quedó absorto al ver en sus costas multitudes de imágenes y riquezas de todas las iglesias, cofres, cajas, baules, escritorios, papele-
ras, camas y demás bienes de toda la ciudad, pero movido á piedad, viendo la imposibilidad de sus dueños para recaudarlos pues no había quedado entero alguno de los barquillos que servían en esta bahía, metió en su bote primeramente á nuestro padre Sn. Fco. después un crucifixo, la virgen de la Concepción, San Pedro de Alcántara y otros santos y acabó de cargar el bote con lo más precioso de lo respectivo á los vecinos y también gran cantidad de dinero: todo lo cual mantubo en su poder y noticiado á su capitán, no le estorbó á que volviese con el bote á trasportar cuanto pudiese, para que por este medio fuesen alibiados los vecinos de aquella ciudad que estaban retirados en el monte: continuando el capellán con el bote á la dha. isla pudo en algunos viajes que hizo recoger todo lo que se ofrecía á la vista y despues desembarcando en tierra todo cuanto tenía en su poder dió parte al obispo y gobernador de la ciudad y este llamando por bando á todos los vecinos se le fué entregando á cada uno lo que reconocían ser suyo y el dinero se repartió entre todos por que todos eran pobres y lo habían perdido: no paró aquí la caridad de los oficiales y pasajeros de este navío, pues todos se esforzaron dando cuanta ropa tenían para vestir la desnudes de aquellos infelices que aún hasta el obispo no tenía camisa, pero nada fué esto en comparación de lo que voy á referir que fué el haver causado la asistencia de este navío tan grande horror á los indios bravos que lo rejistravan de aquellas montañas que no se atrevieron (a poco de pasado la ruina) á echarse sobre la ciudad y acavar con todos los chistianos que se hallavan indefensos y careciendo de todas armas, pero se les entregó de este navío cantidad de fuciles, pistolas, sables, piedras, bolas, pólvora y otras municiones con que quedaron proveidos para poderse defender después de nuestra partida que fué de mes y medio; no ha-

biendo mediado interés para todo cuanto se les dió, estaban estos infelices tan agradecidos que nos daban el nombre de restauradores de la ruina después de Dios.

De la ciudad de Chillan avisan no haver quedado piedra sobre piedra. Lo mismo dicen de otros lugares inmediatos, sin saver el número de personas que han muerto.

En Santiago no causó mucho estrago el temblor, pues sólo algunas torres y pocas casas cayeron. Las islas de Juan Fernandez, á 60 leguas de esta ciudad, quedaron enteramente arruinadas y avisan haver perecido en el mar á la salida del gobernador, su mujer y toda su familia que componían 26 personas. En el Callao y Lima á 500 leg. no se sintió el temblor pero sí la salida del mar en el Callao, pero nada sucedió por haver sido ya de día y todos pudieron huir.

Ahora nos avisan de otros terremotos con estragos que ha habido posteriores en este reyno, como en Arica á 250 leg. de Chile y otros tantos de Lima haber quedado enteramente destruida.

Aunque el terremoto y salidas de mar en la Concepción fué casi igual al que ahora cuatro años hubo en el Callao y Lima y el tamaño y pérdida de todas cosas, y bienes temporales, ha sido muy desigual en las personas, pues en el Callao solo perecieron cinco mil personas y quedó enteramente destruída dha. ciudad. En Lima perecieron otras tantas incluyendo una peste que padecieron de siguiente.

En la Concepción fué uno de los grandes prodigios de la divina misericordia habiendo todo aniquilado y destruído aquella noche, no haver perecido arriba de 25 á 30 personas lo que ha causado á todos la mayor admiración y conocidamente confiesan que Dios sólo quiso castigarlos en los bienes dejando á todos las vidas para esperarlos á la penitencia; S. M. nos ayude para que podamos aserarlo assi y corresponder agradecidos y sírvale de aviso al que este extracto leyere como me sirvió á mí el original successo.

Se han conservado de aquellos tiempos, entre los documentos más importantes, los siguientes párrafos de la carta de una distinguida dama que narra estos sucesos (*).

El día 25 de mayo, á la una y media de la mañana sobrevino un terremoto tan largo, que duró seis minutos, y tan fuerte, que casi no se podía tener una en los pies del movimiento de la tierra, pues á mí me sucedió que me hincé, y cuando se acabó, que me levanté, no podía del dolor, ni en dos días me pude hincar. Por el dolor que sentía me las fuí á ver, y me las allé casi negras, y como señaladas las piedras, de donde saco yo el mucho movimiento de la tierra, pues no era capaz de haber hincado, haberme hecho tal efecto, sino de las fuerzas que haría á mantenerme.

Ha quedado repitiendo todos los días, y algunos grandecitos, pero en la ciudad no ha echo estragos, pues los templos no han caído. Algo se ha maltratado. De las casas, las antiguas, se han lastimado. Se han salido á la plaza á dormir en carpas y en la cañada, porque el temor que hay no les permite dejarlas. Otros han hecho barracas de tablas.

Pero, con todo esto á vista de lo que han padecido en Penco, es un rasguño, porque es una compasión oír las cartas del trabajo que están padeciendo, porque allá fué mucho más violento, porque el temblor lo dejó todo arruinado, todos los templos y casas, y á la media hora del temblor se salió el mar, y se hallaron por la mañana en los cerros en camisa y los que mejor con una frazada. Todos los fuertes, Chillán y villa de Talca y Tutubén, todo se arruinó; en todas las estancias se han caído los edificios y las bodegas, que se les ha perdido todo el vino.

En todo el campo ha hecho mucho estrago; capilla en que decir misa no ha quedado. La capilla de Rencá que hacía año y meses que se había colocado, se cayó.

El convento de los padres de San Francisco de Curicó de raíz; dicen que era un dije. En el campo se ha abierto la tierra cerca de una cuadra y ha quedado vertiendo agua. Ahora lo que sentimos es las enfermedades que vendrán de las incomodidades.

Dios se duela de nosotros y encomendaros á su Divina Majestad.

(*) La catástrofe del 16 de Agosto de 1906. Santiago, 1906, p. 25.

Relación de lo sucedido en la ciudad de Concepción de Chile en el temblor é invasión del mar el día 25 de mayo de 1751, entre la una y dos de la mañana.

Cartas edificantes y curiosas, escritas de las Misiones Extranjeras por algunos misioneros de la Compañía de Jesús, traducidas del idioma francés por el padre Diego Davín, de la Compañía de Jesús. Madrid. 1753. (XV. 406).—(Extraída de: J. F. Medina. Biblioteca Hispano-Chilena. Santiago, 1898. II. 489).

Por más que la natural filosofía quiera dar que hacer á los ingenios en investigar la causa radical de los temblores, atribuyéndola al natural influjo de los astros, ya con los modernos matemáticos, á la materia sulfúrea subterránea, que discurren esparcida y extendida por venas y ramos continuados; es forzoso confesar con la iglesia, nuestra madre, ser éstos castigos de la divina justicia, ya para despertar á los mortales del sueño de las culpas, ya para castigarlos sin apelación al propósito de la enmienda; así lo prueban muchas auténticas historias que omito, por no ser de mi intento; pues sólo quiero en esta sucinta relación, llegue á noticia de todos, ó para la compasión ó para el escarmiento, el lamentable estrago con que quedó arruinada la ciudad de la Concepción el 25 de Mayo, á causa de un espantoso terremoto, que con mucha razón debemos llamar despertador del sueño moral en que vivían los moradores; pues sólo fué castigo en los bienes temporales, dejándoles las vidas, ó para que tuviesen más que sentir aquellos que tan olvidados vivían de lo eterno, por atesorar y solicitar lo temporal; lo que más conforme parece con la divina piedad, para que, reformando las costumbres, pudiesen en lo porvenir evitar ser merecedores de mayores castigos.

El día, pues, 23 de dicho mes, precedió un temblor de aquellos que bastan para que todos se den por avisados, sin pasar á más que obligar á desamparar los lechos; y siendo en esta ciudad tan natural el miedo á la invasión del mar, que aún con menores motivos suelen trasponer sus bienes todos aquellos que,

cinos á la orilla del mar, temen sus insultos; esta vez, por ocultos juicios de Dios, hizo tan poco eco é impresión el miedo, que despreciando éste y otros muchos avisos, todos se quedaron en sus puestos, sin trasponer lo que pudieran, con suma facilidad, haber librado, hasta que llegó el día 25 de dicho mes referido, día verdaderamente funesto y horroroso para esta felicísima ciudad, en que, no olvidado Dios de su piedad, entre la una y dos de la mañana, empezó la tierra á estremecerse de manera que todos despertaron para ponerse en salvo, y pasada una muy breve interrupción, arreció el temblor de tal manera y con tal extraña violencia, que aún al mantenerse en pie era no poco difícil.

Bien se deja entender las voces, ayes y clamores de la gente en tal aprieto, que atónita y falta de consejo, no hacía sino clamar al cielo, implorando la divina clemencia, esperando por momentos cuando se abría la tierra para sepultarla.

Cayeron á la violencia de tan recio movimiento la mayor parte de los edificios, haciendo mayor la batería, estruendo y estragos en aquellos que por más fuertes más se resistían.

Apenas pasó lo recio del temblor, cuando nos asaltó el miedo de la natural invasión del mar que comenzó á recogerse para adentró, dejando en seco las orillas. ¿Quién podrá pintar aquí el pavor y el susto á las voces que la gente daba, *que sale el mar*, hallándose muchos sitiados de las ruinas de sus casas, cerradas puertas, ó por haber cargádose los umbrales, ó por haber tapado las paredes arruinadas, sin que nadie pudiera favorecer á nadie? No fué esta vez necesario el prevenido que aquí se observa en tales casos, de dar aviso con un tiro de artillería, porque aún estaban dobladas las centinelas, así no pudieron, según ellos dicen, hacer que el fuego prendiese en la pólvora, como porque las voces de la gente suplieron esta falta. A las voces, pues, *ya sale el mar*, empezó la gente, en desconcertada fuga, á huir por los cerros, sin más guía que su miedo, sin cuidar nadie más que de sí propio; duplicándose la pena de los padres y madres, por no saber de sus hijos, ni los maridos de sus mujeres, huían sin más cuidado que alejarse. Salió, pues, el mar la primera y segunda vez, como si se avergonzara de verse repelido de los edificios, cogió más de atrás la carrera, y encrespándose enfurecido, embistió dando tan horrosos bramidos que causaba grima aún

á los que estaban en los altos, inundó todo el plano de la ciudad; era, por cierto, materia de gran quebranto y dolor oír el estallido de las casas al sepultarse en las aguas; parecíase á un incendio, cuando en un bosque seco, al mismo tiempo que le abraza con la llama, asusta á los vecinos con el ruido. Retiróse al fin, y aquí fué mayor la ruina, llevándose en vuelto en sus aguas casi todo cuanto al acometerse le había resistido.

Mucha fué la diversidad con que salió, según se reconocieron, en amaneciendo, los vestigios, pues en parte subió más de cuatro varas, y en otras menos. Por la calle de Santo Domingo, estando en tanta altura, subió tanto que no le faltó dos cuabras para llegar á los cerros. Por el río arriba, como que tenía más franco el paso, subió corriendo por las calles colaterales, de modo que estando en mucha altura las casas de los señores veedor y tesorero, las inundó plenamente. Por el barrio llamado cantaranas fué por donde con más libertad ejecutó su furia; pues sólo se hallaron á la mañana los palos de muchas casas que allí había sobre pies enterrados.

Así se paseó el mar en esta noche, pasándola los moradores de la Concepción penetrados de un intenso frío, que tal lo hubo; desnudos unos, otros mal vestidos, y todos buscando el asilo en algún sacerdote que los socorriese en el beneficio de la absolución. Amaneció el día y comenzó á aumentarse la pena, pues vimos lo que de noche sentimos con sólo oírlo ó imaginarlo; era menester hacer particular reflexión para conocer dónde estaba la casa de cada uno; pues deshechas del todo unas, medio destrozadas otras, cegadas ó confundidas las calles con las ruinas que nadaron en el agua, y al retirarse el mar las dejó donde cupo la contingencia, hacían pareciese la ciudad un desordenado agregado de fragmentos.

El primer cuidado de los más fué solicitar cada uno por los de su familia, pues divididos unos de otros, se juzgaban unos á otros sepultados en las ruinas, ó sorbidos de las aguas; pero presto salieron de este pesaroso cuidado, reconociendo sólo haber fallecido hasta diez y siete personas; otros dicen algunas más, que como no fueron personas de cuenta, fué fácil equivocarse; sólo se hizo muy notable la falta de dos religiosos, uno sacerdote de Santo Domingo y otro hermano coadjutor de la Compañía, ambos de singular virtud, y por eso sazonados para llevárselo

Dios. También falleció don Juan de Zaralegui, persona de muy ajustado proceder, á quien á medio vestido cogió una pared de su casa, al salir huyendo del temblor para la huerta.

Sosegado este cuidado de ser tan pocos los que faltaban, entró la ciudad en un cuidadoso desasociado de porvenir donde asegurarse de las aguas, que por ser ya tan entrado el tiempo de ellas, se recelaban de los continuos y prolongados temporales que aquí se experimentan los inviernos. A esto atendía cada uno de los particulares, duplicándose este cuidado en aquellos que tienen á su cargo las armas y municiones, atendiendo á sacar lo que de este género había librado de la invasión del mar. Dióse pronta providencia á sacar la pólvora, balas y armas que se pudo, y se resguardaron lo mejor que la ocasión permitió. Subióse alguna artillería al alto sitio de la casa de ejercicios, en donde se colocó para refugio de la gente, en tal caso que la necesidad obligase á guarecerse de alguna sorpresa de los indios, que pudieran valerse del trabajo y calamidad precedente para alguna irrupción.

Los trabajos é incomodidades de estos primeros días no es fácil reducirlos á la pluma, pues era forzoso cubrirse de las aguas; los más acomodados lo hicieron valiéndose de toldos y pabellones, de que carecían la mayor parte de las gentes; era necesario quedar expuesto á los rigores é inclemencias del aire y agua. Al mismo tiempo era preciso atender á sacar algunos víveres, que se reservaron, y conducirlos á los cerros, lugar ya de la habitación. También arrebatava la atención el deseo de asegurar el poco menaje de casa que había quedado sepultado entre las ruinas de las casas; congojoso cuidado y en muchos casi imposible su consecución, por ser tanto los que deseaban favorecer sus casas, pocos los instrumentos para tantos y tan tirante el jornal de los peones, que el más barato, menos de un peso no quería moverse.

No fué menor el trabajo que experimentó esta atribulada ciudad en los hurtos, por no llamarlos como pudiera, rapiña; pues puede, á juicio de los hombres cuerdos, dudarse de quien ha recibido mayores daños, si del temblor, del mar ó de los ladrones? Algunos castigos se ejecutaron en ellos, pero no fueron poderosos para reprimir la libre osadía con que cargaban con cuanto, vomitado de las olas, hallaban en las playas. Era impracticable andar los jueces por la ciudad, ni á pie ni á caballo, á causa de

estar ciegas las calles con las ruinas, y muchas paredes amenazando caer, y continuos temblores, con que á su salvo muchos desalmados discurrían por las calles, saqueando las casas, como si la ciudad la hubieran ganado por fuerza, por hallarlas desamparadas de sus dueños y abiertas por muchas partes. No se reservó de este insulto ni los mismos conventos y habitación de religiosos, que como daban paso franco por todas partes, fueron despojo del atrevimiento, hasta que se practicó la prudente diligencia de repartir varias personas con autoridad suficiente para poder ocurrir á tanto desorden.

El deplorable estado en que quedó esta desgraciada ciudad, sólo puede explicarse diciendo que del todo se acabó, por más que una ligera pluma haya querido disminuir su estrago, pues, mirada de extremo á extremo, no ha quedado en ella casa que pueda, sin gran recelo, habitarse; pues aunque se divisan algunos retazos de las casas en pie, sólo sirven para horrorizar á los que se acercan á ellas. Y si las religiones, por lo común, suelen ser las más bien paradas por sus edificios, del estado en que estos han quedado, se puede colegir el deplorable estado de los individuos particulares.

La catedral de esta ciudad era fabricada de cal y ladrillo, de tres hermosas naves, con profundos cimientos de desmedidas piedras, con dos torres de lo mismo, altas con proporción, y fuertes en extremo; hecho todo por manos de artífice perito en su parte, fábrica todo nueva, concluída sólo al tiempo de acabar su empleo el ilustrísimo señor Obispo que fué de esta ciudad, don Pedro de Azúa. En esta fábrica, pues, como si fuera de mal ordenados adobes, así empleó su furia el temblor, que demoliendo todos los arcos, los echó á tierra, quebrando todas las maderas, que eran de ciprés, desgranando los ladrillos de las torres, destrozándolas hasta más de la mitad, arrojando las campanas á la plaza, como el viento sacude las frutas de los árboles; sólo quedaron las paredes colaterales, pero tales, que aún cuando se hubiera de construir segunda vez, sólo serviría el material á expensas del susto en recogerlo.

La religión de Santo Domingo quedó sin una celda donde poder guarecerse sus religiosos. Arruinóse su iglesia, y hasta hoy se halla sin tener donde poder colocar, con la decencia que se debe, el Santísimo Sacramento, viviendo estos pobres religiosos

dispersos y á expensas de algunos piadosos seglares, que en sus barracas ó ranchos pajizos les han dado acogida. La de San Francisco, como la más avanzada á la playa, fué en la que más de lleno ejecutó su furia el mar, dejándole que sentir en lo mucho que perdió; pues teniendo habitación competente para su crecido número de religiosos quedó sin tener ni donde guarecer lo poco que recogió arrojado del mar. Subió éste casi hasta el techo de las celdas, barriendo con cuanto tenían.

Hállanse hoy sus religiosos, á esfuerzos del celo de su guardián todos juntos en unas mal formadas barracas, alrededor de una pequeña capilla, que formaron en el cerro: habitación tan estrecha y húmeda, que puede ser reformas de las que al Poderoso fabricó el rígido espíritu de San Pedro de Alcántara; no bastando tanta incomodidad para que no continúen con pública edificación su regular observancia en el coro, á sus acostumbradas horas.

La religión de San Agustín aún tiene más que sentir, por lo mucho que perdió, pues, fuera de habersele arruinado la habitación é iglesia que tenían, quedó sin el nuevo convento y la iglesia que tenía ya en disposición de poderse pasar á él; perdieron casi todas las alhajas y ornamentos preciosos que tenían, de los que han restaurado alguna parte; bien se deja entender cual habrán quedado para el culto divino, perdiéndose en un punto el inmenso trabajo, celo y costo con que los dos reverendos padres Landaetas le tenían en estado de poder vivir con cómoda decencia muchos religiosos.

Esta misma infelicidad han experimentado la religión de la Merced y la de San Juan de Dios; y pendiendo el sustento de todas estas religiones, por la mayor parte, de los réditos, censos y capellanías, pie de altar y limosnas de los fieles, bien se deja entender las necesidades en que se hallan, perdidas las casas en que se fundaban dichos censos y capellanías, sin tener el vecindario modo de socorrerles con las limosnas con que antes les socorrían.

Pero ninguna cosa hace más patente el espantoso terremoto que aquí se ha experimentado, que la ruina que causó en el colegio de la Compañía de Jesús, que sin duda era el mejor que había por su fábrica en esta ciudad. Componíase éste, por la parte que mira á la plaza, de un lienzo de altos, todo de bóveda; sin que hubiese en él más madera que la que servía para el adorno de cancelos y estantes. Sujetaban estas bóvedas cantidad de plati-

nas de fierro, que sirviendo de llaves ó vigas ocultas, hacían, al parecer indestructible su fábrica; pero no fué así, pues al paso que era mayor la fortaleza, fué más porfiado el combate, hasta ponerlo por tierra. Vencióse primero el corredor intermedio, y cayendo las bóvedas de encima, hundieron las de abajo, poniéndolo todo por tierra, y deshaciéndose en menos de cuatro minutos lo que costó muchos años de trabajo y dinero; pues consta haber costado muchos miles este lienzo, no reputando las manos del artífice que lo construyó, por haber sido un hermano de la misma religión. Perdióse en él la librería, la mayor y mejor que había en todas las religiones; pues estando en uno de los cuatro altos, caido éste y siguiéndose algunos aguaceros y el mar que entró, ó por la portería ó por las ventanas de la calle de dichos cuartos de abajo, se hallaron inservibles los libros, por la mayor parte, cuando la precisa urgencia de atender á favorecer las personas, permitió atender á su resguardo.

Por el lado que mira al sur, estaba la iglesia, que se componía de cinco altares antiguos, de poco costo, á excepción de uno: era toda de adobes, aunque con enmaderado de ciprés, que aún se registra sin lesión alguna; y siendo iglesia antigua, á poca diligencia la puso el temblor por tierra, entrando después en ella el mar hasta las gradas, á causa de la resistencia que le hicieron las puertas, que eran nuevas. en la que quedó la señal de que hubiera entrado hasta dos varas y media, si las puertas no lo hubieran impedido; pero, al retirarse, se llevó consigo una de las puertas y la dejó muchas cuabras de donde la sacó.

Por el lado del puelche estaban solas las aulas de teología, filosofía, gramática, y la sacristía, toda obra antigua y de adobes; y así, con pocos esfuerzos del terremoto, quedó inservible; lo que si pudo haber hecho alguna resistencia, fué el segundo patio y tercero de oficinas, y habitaciones de los criados, por ser todo nuevo y la mayor parte de ladrillos, con arquería de cal y ladrillos; pero no le valió para que, vencidos los corredores y degollados los pilares, bañados después del mar, que entró en todo más de dos varas, no haya quedado inservible; pues aunque gran parte quedó en pie, pero tan de mala cuenta, que recelan los padres sea forzoso, antes de mucho, desenterrar los trastos que hay en ellos depositados.

En fin, este colegio ha sido quien, á juicio de todos, más ha

perdido; pues sólo en las tiendas de arquiler, que redituaban cada mes noventa pesos y á veces ciento, se vé haber perdido en sólo este renglón más de veinte mil pesos de principal; pero, en medio de tanta pérdida, ha tenido su lugar la caridad, socorriendo el padre rector de él al pueblo no sólo con los géneros del almacén que había para sus estancias, repartiendo la mayor parte á los pobres, que aunque averiados por el agua del mar, lavados prontamente en agua dulce, han suplido la necesidad de muchos. También se ha repartido algo de alimento, trayendo muchas reses de la chacra, haciendo que un día si y otro no se matasen carneros y se repartiesen á cuantos pobres ocurriesen, ayudando á otros con algún dinero, á causa de ser, ó mayor su necesidad, ó mayor su pudor en ocurrir á pedir con que sustentarse.

No causa menos lástima lo que vemos experimentan las pobres religiosas Trinitarias descalzas, único convento de religiosas de esta ciudad, y da bien á conocer lo recio del terremoto, única causa de su total destrucción, pues no habiendo llegado á él el mar, se mira tan del todo desolado, que no le quedó piedra sobre piedra; y temerosas, ó de los bramidos del mar ó de las voces de la gente, que apuraba y aumentaba el miedo, se vieron precisadas á desamparar el sitio, saliendo por las ruinas, se ganaron á un rancho pajizo, en donde todas, con las criadas que dentro tenían, se amontonaron, padeciendo lo que se deja entender; siéndoles sensibilísimo, más que todo, verse fuera de su amada clausura. Así estuvieron hasta que se les pudo formar en los pilares de los corredores, que solos quedaron en pie, unas mal formadas barracas, en donde estrechamente amontonadas, expuestas al frío y agua, viven contentísimas, por sólo el consuelo de verse en media clausura. Lo que aquí padecen estas pobres religiosas, sólo lo sabe quien sabe lo que cuesta cobrar censos con que se mantienen; y si las casas están por tierra, qué será de sus censos? Con qué creo que, si no fuera por la piedad de algunas personas que las han socorrido con lo que el aprieto de todos permitía, ó hubieran perecido ó retirándose cada una á su casa.

A esta proporción ha sido la pérdida de los individuos particulares, mercaderes y vecinos, pues el más bien librado ha quedado con su casa hecha pedazos. Los mercaderes cuyas tiendas resistieron al temblor, fueron las más infelices, porque entró el mar y las saqueó, las que con el terremoto cayeron, sepultando con

las ruinas los géneros, sirvieron aquellas de algún resguardo para que no se las llevase; pero contéplase cual saldrían los géneros de lodo y agua salada. Fuera largo referir la pérdida individual de cada uno; pero no es difícil colegirse, así el estrago referido en los edificios de las religiones, como del que se experimentan en muchas casas fuertes y de ladrillo, sirva de ejemplo la casa de don Juan de Arrechabala, acabada de construir, toda de ladrillo, sin reparar en gasto, que hoy se mira deshecha del todo. He dicho esto, porque se vea la reflexión de quien, según he oído, ha querido disminuir los estragos de esta ciudad.

No por tanta calamidad y trabajo se ha dejado en este tiempo de atender á lo espiritual; porque, aunque no poco consternados los ánimos al ver la indignación de Dios, que no le dejó un solo templo de tantos que había donde ocurrir á implorar su misericordia, arruinándolos todos y sepultándolos, con general dolor, en casi todos ellos, el Santísimo Sacramento; sufrieron esta falta muchas capillas de tabla, que luego se formaron para colocarle. Fué la primera que gozó este beneficio, una que formó la Compañía en el sitio que estaba destinado para casa de ejercicios, en donde se arruinó un lienzo que había de ladrillos destinados para este fin. Aquí, pues, aunque con indecible incomodidad de la gente, por la estación del tiempo, se empezó á exhortar al pueblo á la penitencia, correspondiendo el fruto en las muchas confesiones, novenas y rosarios con que imploraban el favor del Cielo; hízose un novenario de sermones, que se terminó con una devota procesión de penitencia. A este modo, todas las religiones, en sus respectivos lugares donde se hallaban, predicaban, confesaban y exhortaban á la penitencia, siendo ellos los primeros que con el ejemplo animaron á la gente á que con devotísimas procesiones de penitencia discurriesen por donde las ruinas daban paso, siendo nuevo estímulo á todo esto el terremoto, que se repitió el *día 26 de junio*, tan violento, que á haber durado algo más, hubiera igualádose al del día 25 del pasado, pero bastante para haber casi del todo concluído lo que el primero empezó, pues algunas personas que comenzaban á apuntalar lo que les había quedado en pie del primero, perdieron la esperanza, ó se libraron de este cuidado, entrando en otro mayor al ver que aún las barracas de pies derechos y bien enterrados, se torcieron é inclinaron de manera que fué necesario apuntalar, cayendo de

ánimo muchos que se tenían por seguros de los temblores en ellas.

Parece que la divina piedad se ha inclinado á las incesantes súplicas y rogativas que el pueblo hace por medio de su Santísima Madre, la única poderosa intercesora para contener la justa indignación divina, sino también por lo singular que se ha experimentado en esta general desolación de los templos; pues en ellos casi todas las imágenes de Nuestra Señora, son muchas y de singular devoción, salieron indemnes, con circunstancias que, cuando no las llamemos milagrosas, son muy dignas de reparo. Para implorar, pues, el favor divino en este aprieto, se trajo en procesión desde una casa, donde estaba depositada, la siempre favorecedora Madre Nuestra y Señora de las Nieves, sirviendo esta vez de andas los hombros y brazos de los sacerdotes. Colocóse en la capilla que tenía la Compañía, desde donde, pocos días después, la ciudad, en persona de su muy ilustre Cabildo, fué en procesión devota al lugar de la hermita, y allí renovó el voto, años ha hecho, á Nuestra Señora del Milagro, de acudir á la solemnidad que en cada año se celebra, prometiendo de nuevo practicar esta devota función en hábito de penitencia.

Practicóse también la diligencia por el ilustrísimo señor obispo, de observar á toda la ciudad de algunas censuras en que se temía hubiesen muchas incurrido, continuándose la piedad, no sólo en la frecuencia de confesiones, comuniones y novenas de Nuestra Señora, sino también en la reforma de algunos excesos que en los trajes había la vanidad introducido, de que han dado singular ejemplo las señoras principales: que parece haber trocado la competencia antigua de excederse, en la de ser más edificativas. Dios las dé perseverancia.

Este es el sistema de las cosas de la ciudad que fué de la Concepción, cuyo vecindario ha quedado del modo referido; y habiéndose de fundar, como se dice, en otra parte la ciudad, se puede con toda propiedad decir que han quedado totalmente arruinados; pues aunque á muchos haya quedado algo en pie, de nada puede servirles habiéndose de mudar.

No digo lo acaecido en las haciendas de campañas, por no exponer esta relación á algunos menos cierta noticia, pues no siendo testigo de vista, no puedo, con seguridad, afirmar lo sucedido; sólo puedo asegurar la general aseveración con que se dice haber sido igual en su tanto los estragos, y también las di-

ligencias para aplacar la indignación divina, la que ha sido mezclada de mucha misericordia; pues siendo aquí tan rígidos los inviernos, este año ha sido tan templado, que ha dado lugar á que casi todos estén ya resguardados de las aguas con los fragmentos de sus casas, sin haber experimentado notable falta en los alimentos; pues aunque la codicia de algunos quiso valerse de la ocasión, levantando el precio á algunas cosas, la justicia, con prudente acuerdo, hizo moderar estos excesos, proporcionando la pérdida y costos de los que vendían con la necesidad y trabajo de los que compraban, etc.

1783.—Abril 13. Chile central (?) Temblor general?

Debe tenerse por apócrifa esta indicación de Ramon Briceño (Repertorio de antigüedades de Chile. Santiago. 1889-513). No da referencia bibliográfica alguna y puede ser que haya confundido con la ruina de Arequipa del 13 de Mayo de 1784.

1821.—Enero 18. En la noche. Valparaiso. Temblor fuerte

De este temblor fuerte tenemos la interesante relación hecha por el célebre viajero, Capitán Basil Hall (1) testigo ocular y quien nos suministra pormenores curiosos sobre las costumbres de la sociedad chilena en aquella época.

El 18 de Enero fuí á visitar á una familia al Almendral. Las damas según la costumbre del país estaban sentadas en fila cerrada á lo largo de la muralla; con sus chales tendidos sobre la cabeza i envolviéndoles la barba, los rostros se hacían casi invisibles. Una joven tocaba el arpa, otra la guitarra, algunas cantaban con entusiasmo aires patrióticos; varias conversaban ó trabajaban en labores de mano, la reunión era bajo todos aspectos agradable. De repente, sin ninguna causa aparente toda la

(1) Extracto de un diario de viaje á Chile, Perú y Méjico en los años de 1820, 1830 y 1822, (Traducido del inglés por Federico Gana G. Santiago —1906—I.—38).

sociedad se levantó con precipitación, la música y el trabajo fueron abandonados y todos corrieron perdidamente fuera de la casa gritando con una voz lamentable: Misericordia! Misericordia! se golpeaban el pecho, y un espanto indefinible se pintaba en las fisonomías. Yo me quedé estupefacto con esta súbita batahola y maquinalmente seguí á todo el mundo hasta la calle gritando también: Misericordia, tan alto como ellos.

La luna alumbraba de un extremo á otro la calle, que estaba llena de muchedumbre numerosa, de gentes á medio vestir, de niños llorando arrancados de sus lechos, de hombres que corrían en todas direcciones; algunos llevaban antorchas en la mano. Yo no sabía á qué atribuir tan extraña confusión y tanta alarma ocasionada al parecer por un movimiento espontáneo, sin motivo visible. Por fin, después de haber permanecido un minuto en la calle, todos volvieron á sus casas. En el curso de algunos segundos el ruido se apaciguó; y á los pocos momentos después no había una alma afuera.

Me imaginaba que se trataba en esta ocasión de alguna práctica religiosa, pero me engañaba. Se me dijo, con gran sorpresa mía, que la agitación de que había sido testigo era causada por un violento temblor de tierra, del que yo no había oído nada; se me agregó, sin embargo, que el ruido había sido más fuerte que de ordinario. Parece, por lo que refiero, que los extranjeros permanecen durante mucho tiempo insensibles á estos movimientos de tierra que los naturales distinguen inmediatamente. Y hago con este motivo una observación verdaderamente extraña; el espanto que se experimentó en presencia de un temblor lejos de disminuir va siempre aumentando, de modo que alguien que se ha burlado de los naturales por su terror, termina al fin por asustarse más que ellos.

1822. Noviembre 19. Poco después de XXII 12 Valparaíso terremoto.

El desastre porteño de 1822 ha dejado hondos rastros en la memoria del pueblo chileno y son varios los documentos que permiten describirlo con cierta exactitud. Los resumió con suma claridad Barros Arana en su historia general de Chile

(1), aunque dejó en silencio muchos pormenores de índole científica, cuya reproducción no cabía en el plan de su gran obra, tantas veces aprovechada ya en esta historia sísmica de los Andes meridionales.

El fenómeno se produjo poco después de las XXII 1/2 y duró por espacio de 2' 30" ó 3' en total, pero sólo 40" con su mayor violencia. Sin embargo Miers (2) que lo presencié en Concón, avaluó su duración en dos minutos escasos. No fué precedido de ruido subterráneo alguno.

Dice Barros Arana:

«Los edificios públicos muy modestos, sufrieron extraordinariamente. La casa del gobierno, los cuarteles y la cárcel, quedaron totalmente arruinados. La aduana y sus almacenes, el resguardo, la administración de correos y los hospitales militar y público, se hallaban casi del todo inútiles, y poco menos el almacén de pólvora. Las viejas fortalezas, de construcción pesada y tosca, han sufrido mucho ménos (3). Todos los templos habían perdido sus torres. Tres de ellos, Santo Domingo, San Francisco y La Merced, así como la Capilla de los hospitales, quedaron reducidos á montones de ruinas; y la iglesia parroquial se hallaba muy maltratada. Las casas particulares arruinadas ó ruinosas, dice una relación preparada por el gobernador de la plaza, se aproximan á 700, habiendo quedado las demás habitables ó en estado de servir con alguna refacción. Los edificios de madera, como el arsenal, quedaron intactos, sin pérdida de una teja.»

Lo mismo que en el terremoto de 1906, se manifestó ya en 1822 el sumo peligro que amenaza al barrio del Almendral y dice al respecto el mismo historiador:

«El extenso barrio del Almendral, formado entonces de casas y quintas colocadas más ó menos desordenadamente y cimentadas

(1) XIII. 742.

(2) *Travels in Chile and La Plata*. London. 1826.—I. 338.

(3) Eran construídas en la roca firme de los cerros.

sobre un terreno plano y suelto, formado por los materiales que arrastran los arroyos ó esteros que bajan por las quebradas de los cerros, sufrieron extraordinariamente».

Miers visitó Valparaíso el día siguiente del desastre y nos dejó una descripción impresionante de sus ruinas:

«Al entrar en la ciudad me sorprendió la magnitud de sus ruinas. las casas en su casi totalidad eran destechadas; muchas habían sido derrumbadas, mientras que las espesas murallas de adobes que no habían caído, eran agrietadas en todas direcciones. La gran iglesia del Almendral, ó sea la de La Merced, presentaba una muy notable ruina. Su torre, de altura de 60 pies, construída de ladrillos bien cocidos con buena mezcla y cuyas murallas tenían un espesor de 6 pies hasta el campanario, se había quebrado en gruesos bloques, ahora tendidos en el suelo. Los muros laterales, aunque muy deteriorados, habían quedado en pie y soportaban todavía la techumbre de carpintería, cuyas vigas se inclinaban hacia el norte, mientras que todas las tejas habían caído al suelo. La misma inclinación hacia el norte se notaba también en las muy pocas techumbres que no se habían derribado. De cada lado de la iglesia de La Merced, las murallas se habían separado un poco de los contrafuertes de buena construcción de cal y ladrillos, cuyos costados alcanzaban á 6 pies. En la ciudad los muros del lado poniente habían caído todos, pero sólo dos que miraban al oriente. Los daños fueron mucho menores en la parte estrecha de la población que se llama el puerto propiamente dicho, porque sus edificios están cimentados sobre la roca firme.»

Hubo 72 víctimas y 110 heridos ó contusos, entre los cuales últimos el mismo director supremo D. Bernardo O'Higgins.

El terremoto se sintió tan violento á bordo de los buques anclados en el puerto que los marinos se creyeron en gran peligro; los cañones saltaron de sus cureñas.

La gente aterrorizada se refugió á los cerros, al campo y hasta á bordo de los buques.

Miers encontró niveladas al suelo las casas de Viña del Mar y dice que en Quinteros se volcaron los muebles más pesados. Describe también los estragos ocasionados en el molino que explotaba en Concón y que resultó ruinoso lo mismo que su casa-habitación.

Todos los autores hablan de las ruinas ocurridas en Casablanca, Quillota, Limache, La Ligua é Illapel, pero no dan pormenores concretos algunos, alcanzando el número de muertos á unos doscientos.

En Santiago, donde se produjo un terror extraordinario, sus estragos que, al principio, se creyeron enormes, suponiendo rasgaduras y otras averías en los principales edificios públicos, sólo se comprobaron la destrucción total ó parcial de algunas casas vetustas, el desequilibrio de dos ó tres torres, y algunos deterioros de fácil reparación en varios edificios públicos ó particulares. Cayó la fachada de la casa en que moraba entonces el sabio viajero inglés Caldcleugh y dice en su relación que el terremoto produjo numerosos y grandes daños en la mayor parte de los edificios: debe tratarse de la exageración bien natural á un extranjero poco acostumbrado á estos fenómenos.

Se da á continuación el informe oficial de la comisión encargada por el gobierno de investigar los estragos producidos en los edificios fiscales de Santiago y de este documento importantísimo se deduce que fueron más numerosos que graves.

Se sabe muy poco en cuanto á la extensión del área de sacudimiento. El movimiento sísmico parece haber conservado alguna violencia hasta Copiapó, si se da fe á lo que dice Sayago (1): «No ocasionó más que la alarma consiguiente y algunos derrumbes de pesadas murallas». Es muy probable que eran también en mal estado, sin duda alguna á consecuencia del terremoto copiapino de 1819.

De un informe oficial dirigido al gobierno por el gobernador de S. José de Maipo y que se conserva en el archivo gene-

(1) Historia de Copiapó. 1874. 233.

ral, se deduce que en este pueblo, aunque fué aterrador el fenómeno sísmico, no trajo consigo ningún perjuicio.

Varios autores relatan que alcanzó hasta Valdivia, mientras que según Barros Arana, casi no se sintió más al sur de Rancagua.

En Mendoza fué largo y no causó daños de consideración. Se propagó hasta Córdoba.

No se sabe cuál documento permitió á Sagayo decir que el terremoto se observó en las Islas Juan Fernández y no parece probable que Sutcliffe, su gobernador entre 1822 y 1839, lo habría dejado en silencio en la obra interesante (1) en que relata prolijamente los efectos del terremoto de 1835 en tierra firme y en el archipiélago á su cargo. Tenemos, pues, el hecho por algo dudoso.

Los efectos en el terreno han sido considerables, pero sólo Miers los describe con pormenores concretos. Entre Quintero y Concón se produjeron numerosas y anchas grietas. Las dunas del contorno se derrumbaron y subió considerablemente el nivel de una laguna situada entre ambas aldeas, debido esto, dice, á las aguas del mar cuando invadió á esta parte de la costa á consecuencia del terremoto. La canal entre el molino de Concón y el Río Aconcagua se destruyó casi completamente por el derrumbe de sus riberas, trastornándose también su lecho, con lo que se rellenó aquella. Paralelamente á su dirección se habian abierto varias grietas, cuya anchura alcanzaba á un pie, asentándose el terreno en varios puntos arenosos. En fin el fenómeno de los *Craterlets* y de las eyecciones de agua y barro se produjo en gran escala en los contornos del molino de Concón.

Dice Miguel Juan (2):

«En diversos lugares se notó que el suelo se dividía, dejando hendiduras donde torrentes de agua obscura y pestífera, corrían sobre la tierra».

(1) *Fifteen years in Chile and Perú from 1822 to 1839*. London. 1840.

(2) *Apuntes sobre el terremoto de 1822*. An. Un. Chile. XVI. 1859.282).

Pero, sólo con mucha cautela, ó mejor dicho con el mayor escepticismo, puede tomarse en cuenta lo que añade el mismo autor:

«En diversos lugares aparecieron por las grietas del terreno llamas (del seno de la tierra), de un color amarillo rojizo, las que cambiaban de color, aproximándose al verde, y las puertas y los pilares pintados de verde tomaron un color en algunos sitios amarillo blanquecino, desde el suelo hasta tres cuartas y una vara de altura».

Semejantes relaciones no presentan verosimilitud alguna.

Los efectos sobre los manantiales de agua y fuentes ocurrieron en varios lugares. Durante algunos días, los arroyos que bajan de los cerros desde Valparaíso, aumentaron considerablemente su caudal de agua y en algunos puntos aparecieron vertientes nuevas de más ó menos importancia, pero que luego se secaron. Según Sutcliffe después del terremoto, la temperatura de las aguas calientes de Cauquenes bajó de 118 á 92 grados Fahrenheit.

No hubo maremoto, pero el mar se agitó violentamente en las costas vecinas á Valparaíso y en este puerto por tres veces consecutivas se retiró y volvió á ganar su lecho, formando una ola de cerca de doce pies de alto, que iba á romperse con gran estrépito en la ribera.

Las sacudidas consecutivas fueron numerosísimas y en el primer volumen de esta historia de los Andes meridionales se publicó las que observó Mistress Graham en Quintero y en Valparaíso.

Varios testigos oculares y autores afirmaron que con ocasión del terremoto de 1822, la costa de Chile central se había levantado de unos pies en una gran extensión. Se trata de un problema que se estudiará prolijamente en el terremoto del 20 de Febrero de 1835.

A pedido del general Zenteno, entonces gobernador de Valparaíso, el ingeniero militar francés D. Alberto Baclet d'Albe

preparó un plan de regularización y de reconstrucción de Valparaíso, que no se llevó á cabo. Es probable que si hubiera sido ejecutado, el terremoto de 1906 no hubiera sido tan arruinador en el Almendral.

En cuanto al verdadero foco del terremoto, los pormenores conocidos no permiten fijarlo con certitud. Posiblemente se encontraba no muy lejos de la línea Valparaíso, Quillota, La Ligua. Sin embargo, Miers opinó que el movimiento sísmico originó en el mar, al sureste y cerca de Valparaíso. Es ésta una hipótesis insuficientemente fundada, pues no hubo verdadero maremoto.

Relación de la Comisión nombrada en virtud del decreto de Diciembre 2 de 1822, para reconocer é informar los estragos que, de resultas del terremoto de la noche del 19 del mes próximo pasado, han padecido los edificios públicos (de Santiago). (Gaceta Ministerial. Núm. del 27 de Diciembre, p. 323).

Palacio Directorial.—La fachada, y principalmente la esquina, está en muy mal estado; generalmente todas las paredes de aquel edificio están rajadas en todas direcciones. Este edificio no admite propiamente reparación ninguna: el solo arbitrio que se hubiese de tomar, es el de edificarlo de nuevo.

Las Cajas.—La parte superior de la torre llamada el farol se ha casi desprendido de su base y este daño hubieron de ocasionarlo el peso y balance de las campanas, las cuales se hallaban colocadas casi en el aire. Solamente en las piezas del ministerio de la guerra hay dos trizaduras poco considerables; la una sobre una puerta y la otra en una esquina de la pieza. Se deben quitar inmediatamente el reloj y las campanas y demoler la torre hasta el primer cuerpo; para que esta masa deje de amenazar la ruina del edificio. Se han de recorrer la mayor parte de los techados. . . .

La Cárcel.—Toda la parte superior de la torre está mala; así como el antepecho. . . . Deben demolerse inmediatamente la to-

rre (toda la parte superior) y el antepecho.... se han de recorrer la mayor parte de los techados....

El Consulado.—Debajo del pórtico la pared del costado, á la derecha de la entrada, está rajada de arriba abajo.... El frontis tiene desunidas las paredes laterales de la pared maestra por grietas considerables; y varias partes del antepecho están rajadas horizontalmente y como desprendidas de sus bases.... Se han de demoler la parte superior del pórtico y el antepecho....

Aduanas.—Dos soleras contiguas del corredor del patio de la alcaidía están vencidas por la demasiada distancia de las columnas en que descansan.... Algunos de los chapiteles de las columnas están rajados.... Las puertas que van al zaguán de la entrada al patio de la alcaidía están rajadas en los medios puntos.... Una puerta de la capilla está rajada en su medio punto.... y sobre la puerta de una pieza otra rajadura bastante considerable....

La Moneda.—La parte superior del pórtico está enteramente ruinoso; generalmente en toda la corrida de la fachada las murallas transversales son desunidas de la pared maestra por grietas considerables y particularmente las de ambos lados del pórtico.... La pared maestra de la fachada y principalmente el pórtico, así como el antepecho han de ser demolidos inmediatamente.... En la primera sala de los molinos las vigas están todas cimbradas; seis han quebrado con el efecto del terremoto....

Habitación del Superintendente.—En su despacho, en la cuadra y sobre la puerta, entre dormitorios, se han formado rajaduras de poca consideración....

La Contaduría.—De ambos lados de la primera parte hay dos rajaduras transversales de las cuales una es bastante considerable....

Habitación del Contador Mayor.—Al tercer descanso de la escalera, una rajadura. En la antesala esquina NE., otra. Sobre la entrada de dicha antesala otra poco considerable. Sobre la puerta de la sala otra rajadura horizontal. Sobre la puerta de la cuadra, otra.... Se ha desunido el entablado de la pared maestra por el efecto del desplome. En el gabinete, en la parte norte una rajadura; corre desde la ventana á la esquina del edificio. En el comedor rajaduras sobre las dos puertas y en la esquina SO. En la pieza de la chimenea, trizadura en la esquina; la co-

ronación de la chimenea está mala. En el dormitorio superior el medio punto de la puerta rajado.

Habitación del Tesorero.—Las paredes E. y S. de la cuadra son rajadas horizontalmente y el entablado desprendido de la pared S. por un corto desplome de aquella pared; la esquina SE. de dicha cuadra está rajada de arriba abajo y la misma grieta pasa el cuerpo inferior allado del imposta de dicha esquina del lado del zaguán....

Sobre la puerta de la esquina SO. de la primera pieza de los molinos hay dos rajaduras de cuyas, una es bastante mala. Sobre una de las puertas del pasadizo otra rajadura. La chimenea de la casa de filaturas está rajada horizontalmente. La chimenea del horno de afinación en la fundición está rajada horizontalmente. En la oficina de la talla y habitaciones, la chimenea sud está rajada en la parte superior. En la oficina de ensayo hay una trizadura de poca consideración..... Seis canes del techo de la sala de la labranza han caído.....

El Instituto. Los arcos del callejón están abiertos..... Poner puntales bajo los umbrales de la segunda puerta del pasadizo y voltear el tabique que separa el corral de los manteistas del callejón. La pared lateral del refectorio á la derecha de la entrada mala y desplomada; demolerla. La pared del mojinete de la aula de física muy mala; demolerla. Arriba de la escalera de la tribuna se ha abierto una rajadura.....

El teatro. Este edificio no manifiesta haber experimentado daño, con el terremoto, otro que en algunas partes trizaduras de poca entidad en las paredes.....

Palacio episcopal. La pared de la cuadra del lado de la huerta está mala..... Lo demás de aquel edificio tiene trizaduras, todas de poca ó ninguna consideración.....

Hospital de mujeres. La portada es la sola parte de aquel edificio que manifiesta haber sufrido; tiene dos rajaduras.....

La maestranza. Solamente tres fraguas han caído de resultas del temblor.

Cuartel de guías. La cuadra del lado de la calle de Santo Domingo está mala; la pared transversal está rajada y desunida de la pared maestra. En el calabozo hay una rajadura bastante mala en una esquina. En el almacén un tijeral ha quebrado.....

Cuartel de S. Agustín. Sala de la cuarta compañía: la pared del

costado sudeste está desplomada Sala de la séptima compañía: la pared divisoria está desplomada la última viga del lado de la ventana está vencida Sala de los tambores: recorrer los techados Pasadizo del segundo al tercer patio: poner nuevos umbrales. Patio de rancho: la muralla á la calle está hecha pedazos Pasadizo de rancho: los dos primeros estribos y la muralla que sostenian están desplomados Patio de música: los tijerales han zafado de la pared El corredor del sud está malo La pared divisoria del cuerpo de guardia está desplomada Recorrer generalmente todos los techados.

Cuartel de San Pablo. Pasadizo: rajaduras á las dos puertas i dos pedazos de paredes desplomados Partes de las paredes de la caballeriza están desplomadas Sala de la segunda compañía del segundo batallón hay tres vigas quebradas Poner un tijeral al corredor del almacén y reparar el techo hundido.

Cuartel de los carabineros. Sólo los techados han padecido.

Cuartel de San Diego. La trabazón entre el antiguo y el nuevo edificio ha rajado; no hay mayor riesgo La parte de aquel edificio que fué de cuartel de caballería, está en el mayor deterioro; puertas, ventanas, balcones, vigas, todo ha sido saqueado. La pared al patio del cuerpo de frente y la portada están malas y dicha pared está desplomada.

Cuartel de artillería. En la esquina NO. del corredor del patio grande ha caído una viga.

La Universidad, El presidio, El depósito, Los Huérfanos. No manifiestan haber sufrido daño alguno.

La Catedral. El arco de la puerta de la entrada de la Sacristía está rajado En las Sacristías: el segundo arco está malo El techo de una claraboya se ha hundido

La Compañía. Al lado de la puerta principal, entrando á la derecha, hay una grieta que corre de arriba á abajo del edificio Sobre la puerta del costado de la calle hay grietas considerables. En la Sacristía del este, hay rajaduras así como en el costado de sud. En la Sacristía del oeste hay una rajadura en la esquina SE. La bóveda del altar del Cautivo es malísima. Hay grietas de arriba á abajo del arco grande del altar de S. Rafael. En la bóveda del altar de S. Luis, del de S.^a María Magdalena y

del S.^o Cristo, hay trizaduras de poca consideración. En la bóveda de frente la puerta del costado, hay grietas bastante considerables.....

Santo Domingo: En dos arcos del coro y en el de enfrente el de Jesús han bajado las claves maestras...

La Merced. La parte superior de las torres está mala; ha de ser demolida hasta el primer cuerpo. Lo demás del edificio no tiene sino algunas trizaduras de poca entidad...

San Agustín. La pared maestra que da sobre el patio grande del cuartel está desprendida de las demás murallas del edificio y desplomada. Las claves del arco grande, y las de uno de los chicos, se han abierto. Toda la frente, el altar de S. Agustín, el altar mayor y la culata de aquel edificio están en muy mal estado y amenazan ruina. Es el más mal tratado de los templos; y no es fácil refaccionarlo de un modo que no peligre sin demoler una parte considerable de él.

San Francisco. En las Naves de la Purísima, los dos arcos están rajados; no es cosa que exige reparación...

Santa Ana. En la pared norte de la Sacristía hay una trizadura de poca consideración...

Recoleta Francisca. La pared de la torre está rajada al lado de la puerta; no hay peligro.

La Estampa. Toda la fachada está enteramente ruinosa; la culata está rajada en dos partes principales, el altar mayor también está malo; demoler estas tres partes del edificio.

San Rafael. La pared del este de esta capilla está rajada de arriba hasta abajo; hacerlo de nuevo. El arco de la puerta está rajado...

Carmen Bajo. La Cúpula está rajada en varias partes; demolerla hasta la cornisa del primer cuerpo.

Capilla de los Capuchinos; La torre y la fachada están en bastante mal estado.

Capilla del Conventillo. Parte del techo se ha hundido.

San Lázaro. La pared de la culata de la iglesia está mala. El techo del presbiterio se ha hundido...

San Borjas. La frente de la iglesia tiene algunas trizaduras pero no hay peligro. La pared del crucero y la del norte de la pieza que ocupa el contralo, están vencidas; demolerlas...

Colegio de San Agustín. El frontis está arruinado y ha de ser

demolido hasta el arco de la puerta. Una trizadura que del poniente de la puerta, baja casi hasta los cimientos. La torre tiene algunas trizaduras, pero no influyen sobre su solidez. . . El arco del presbiterio está rajado en varios puntos y ha quedado en muy mal estado. . . . El arco de la portada del convento está malo; y es preciso se haga de nuevo.

San Miguel. Sus paredes están en bástante mal estado. . . .

Recoleta, Dominica, Capilla de la Caridad, de las Rosas, de las Agustinas, de las Claras, del Carmen Alto, de San Isidro. Aquellos edificios no han padecido daños de entidad.

Pedro Coustillas, ingeniero, Alberto d'Alve, coronel graduado de ingenieros, José Antonio Macheño, maestro carpintero, Pedro José Mesa, maestro albañil.

Santiago, Diciembre 20 de 1822.

1829. Septiembre 26. XIV. Terremoto en Valparaíso

El único documento conocido es el siguiente:

(«Mercurio» de Valparaíso. Número del 28 de Septiembre).

«Sábado 26, á las XIV, fuertísimo sacudimiento cuyos síntomas parecían traer el mismo terror que el del año 22. Duró cerca de un minuto, quedando todos los edificios sumamente conmovidos y ruinosos. La mayor parte de las casas se rajaron las murallas y otras cayeron en el interior del puerto. En el Almendral se sintieron iguales ó peores estragos en los edificios, pero generalmente los tejados han rodado hasta el suelo, componiendo otra parte del estruendo las muchas tejas que caían.

Inmediatamente continuó temblando con poca fuerza y se contaron cuatro hasta las XVII. En la noche fueron calmando dejándose sentir uno cada hora, precedidos de mucho ruido y un pequeño remezón. Como á la I de la mañana del día 27, cesó de temblar; y á las IV 1/2, se sintió otro que parecía igualar al primero. Sucesivamente han seguido, aunque con alguna distancia uno de otro. Hoy (el 28) á las VII se ha sentido el último con mucho remezón.

La mar ha estado muy quieta en estos dos días.

En el interior de algunas tiendas, boticas y otras casas que tenían loza en las tablas, ha habido muchas pérdidas; cayó sin exageración cuanto había en unas y en otras la mayor parte.

Según noticias recibidas de Limache todas las casas de tejas han caído, salvando sólo los ranchos.

En Casablanca, no ha sido menos que aquí el estrago.

En Santiago no hizo ningún estrago particular, solamente algunas tejas que volaron».

(Número del 9 de Octubre)

«Capilla de la Merced. Consideramos como necesaria su demolición, pues las murallas no presentan á primera vista otro remedio...

Dos preguntas.

¿Qué hará la Comisión de Obras Pública que no manda demoler los edificios ruinosos de resultas del temblor?

¿Qué hará el Cabildo que no manda deshacer las murallas del Panteón, antes que se venga todo abajo para aprovechar los adobes?»

1832. Diciembre 24. XVIII. Semiterremoto en La Concepción

Relata el hecho Vermoulin, testigo ocular (Véase el III volumen. Suplemento). Se agrietaron varias murallas.

1835. Febrero 20. Cerca de XI 1/2. Concepción y Talcahuano. Terremoto y maremoto

El terremoto y maremoto de 1835 es muy conocido de los geólogos, pues basándose sobre los informes de la célebre expedición hidrográfica del Beagle y del Adventure, cuyo miembro más sobresaliente era el ilustre naturalista Darwin, se edificó la teoría sísmica tan comúnmente aceptada en la

América del Sur, según la que la costa del Pacífico y hasta la Cordillera de los Andes se levantan cada vez que ocurre un gran terremoto. Estos movimientos no dejarían de compensar la lenta bajada de la Sierra, que originan poco á poco la erosión y la denudación. Por medio de una crítica muy penetrante, el ilustre Suess en su obra magistral *«La Faz de la Tierra»*, ha conseguido poner en duda seria la realidad de estos cambios bruscos de nivel, á lo menos si se los considera como consecuencias directas de los grandes terremotos de Chile y del Perú.

El terremoto de 1835 tiene, pues, un papel considerable en los anales de la sismología y es de sentir que los pormenores precisos que han escapado al olvido estén escasos, á pesar del poco tiempo trascurrido desde que aconteció, menos de ochenta años.

La literatura científica relativa á este terremoto es considerable y, sin embargo, no puede deducirse de los numerosos documentos é informes que han llegado hasta nosotros una descripción tan concreta del terremoto mismo, como se desearía en vista de la importancia capital del suceso, porque sólo dos fenómenos accesorios han atraído sobremanera la atención de los observadores y escritores, el maremoto y el levantamiento de la costa. Las relaciones originales de los testigos son numerosas, pero de valor muy desigual. Colocaremos en primer lugar la del doctor Vermoulin que moraba entonces en Concepción; ha sido publicada en la relación del viaje de Dumont d'Urville á las tierras antárticas y á Oceanía (1).

Fitz-Roy, uno de los capitanes de la expedición inglesa antes aludida, presencié también el terremoto en Talcahuano, pero su descripción debe leerse con mucha cautela, así como se verá en adelante (2). Las observaciones de Darwin no dejan de producir alguna decepción; se encontraba en Valdivia á

(1) Voyage au pôle sud et dans l'Océanie, en 1837-1840. III. 302.

(2) Sketch of the surveying voyage of His Majesty's ships Adventure

momento del terremoto y al llegar á Talcahuano el 4 de Marzo aprovechó las observaciones de los oficiales ingleses, que reunió á las suyas propias en dos de sus obras muy conocidas (1); se preocupó sobre manera del levantamiento de la costa. Al contrario la descripción publicada por Caldeleugh (2) es la que suministra el mayor número de pormenores concretos sobre el fenómeno sísmico propiamente dicho; habitaba entonces en Santiago y pudo aprovechar los informes oficiales que se publicaron en «El Araucano»; su trabajo ha sido reeditado por Perrey (3) y por Sutcliffe (véase el terremoto de 1822); en cuanto á los pormenores que se ven en la relación del viaje de la Venus (4), es evidente que han sido extraídos del trabajo de Caldeleugh. El informe oficial del intendente de Concepción no es una pieza enfática de pura retórica, de la cual no puede sacarse nada preciso; lo publicó Gutiérrez en 1870 (5).

Lo mismo puede decirse de un informe inédito que encontramos en los papeles del distinguido Director de la Biblioteca Nacional de Santiago, Dn. Luis Montt, fallecido en Diciembre de 1909; en este manuscrito se trata principalmente del problema de la traslación de la ciudad de Concepción á otro punto menos expuesto, la que no se llevó á cabo como

and Beagle, 1825-1836. Communicated by Sir John Barrow Bart (Geogr. Journ. VI. Part II. 311).

(1) Mi viaje al rededor del mundo (Traducción de Constantino Piquer. Valencia. II. 68. 78).

On the connexion of certain volcanic phœnomena in South America, and on the formation of Mountain Chains and volcanoes as the Effect of the same Power by which continents are elevated (Trans, geol. Soc. Soc. V. 601. 1838).

(2) An Account of the great Earthquake experienced in Chili, on the 20th of February 1835 (Phil. Trans. 1836. Part I. 21. 26).

(3) Documents sur les tremblements de terre au Chili (Soc. imp. Agric. Hist. nat. Arts ut. Lyon. 1854).

(4) Dupetit-Thouars. Voyage de la Vénus, en 1836-1839. (I. 120. 135).

(5) Estadística del horrible cataclismo de Agosto 13 de 1868 (Valparaíso, 1870).

se sabe. Esta serie de textos se completará por la lista de las memorias que se han dedicado al estudio del levantamiento de la costa, una cuestión que se investigará al final y aparte.

La hora del terremoto resulta de una observación única, la de Fitz-Roy, XI.40 (t. m. de Talcahuano).

Relata el mismo observador:

«El movimiento principió débilmente, sin que le precediese ruido subterráneo alguno; su intensidad aumentó rápidamente. Durante el primer medio minuto, mucha gente se quedó en casa, pero los movimientos se hicieron tan violentos que luego toda la gente se aterrorizó hasta el punto de salir precipitadamente afuera. Nadie podía quedarse en pie y los edificios parecían bamboleados como por olas; de repente una tremenda sacudida derribó y destruyó todo. . . . Sucedió la conmoción principal un minuto y medio ó dos minutos después de la primera sacudida y duró con toda su violencia unos dos minutos, durante los cuales era imposible quedarse en pie sin tomar un punto de apoyo como árboles ú otros objetos firmes».

En cuanto á los efectos materiales producidos en Concepción, son bien escasos los datos precisos y sólo se conocen de una manera general. Hubo 51 víctimas, 8 heridos de gravedad y un gran número de contusos.

De la misma relación de Fitz-Roy relativa á Concepción extraemos también lo siguiente:

«Se piensa generalmente que el movimiento tuvo lugar del SW. al NE. Murallas enteras orientadas SE. NW., han sido derribadas sin que sus escombros hayan sido esparcidos sobre el suelo, conservando los ladrillos su posición relativa y quedando apoyados unos contra otros. Sin excepción alguna estas murallas cayeron hacia el NE. Otras se desagregaron por la caída, derrumbándose hácia el NE., las masas mayores de albañilería de ladrillos. Las murallas orientadas en el sentido perpendicular, es decir NE.-SW., sufrieron mucho menos; se separaron porciones de ellas ó se agrietaron verticalmente. En todas partes se derrumbaron las techumbres, presentando, las construcciones de

adobes un hacinamiento confuso de escombros. La Catedral sufrió más que los demás edificios; sus muros tenían un espesor de cuatro pies y los sostenían grandes contrafuertes, contruídos estos y aquellos con ladrillos buenos y excelente mezcla. Uno de los contrafuertes se había desprendido de las murallas y en cuanto á los demás, se habían derrumbado, quedando adherentes á las reliquias de éstas grandes porciones de ellos, sea abajo, sea arriba».

A consecuencia de la caída de muchas techumbres de cañas sobre los focos de las cocinas, al terremoto sucedieron numerosos incendios, con que se completó la ruina de las pocas casas que habían quedado en pie, aunque más ó menos maltratadas.

Las impresiones personales relatadas por el Doctor Vermoulin no faltan tampoco de interés:

«... Sin embargo, aumentaba la intensidad del temblor y después de trascurridos cerca de 40'' desde el principio, me decidí á salir del patio, al paso de un hombre ebrio. Tuve que sentarme en el suelo y comencé á sufrir la desagradable sensación que precede al vómito causado por el mareo. La fuerza del movimiento creció durante cerca de un minuto y medio; veía en frente dos hileras de álamos que se plegaban como juncos, á pesar de que en una altura de tres pies su diámetro no era inferior á quince pulgadas. Entonces el temblor pareció decrecer durante 3'', pero de repente redobló su fuerza y la tierra se asemejaba á un mar agitado. Estuve obligado á mantenerme por medio de las manos para no voltearme. En el espacio de 7 ú 8 segundos, mi casa y los edificios vecinos se derrumbaron, dominando el ruido de su caída por el crujimiento espantoso de la tierra y hundiéndose el suelo en dos puntos debajo de mis propios pies. La segunda sacudida que lo destruyó todo, duró 72'', y hasta que se produjese, el movimiento había sido horizontal, pero cuando principió ella, el movimiento horizontal se hizo sentir en todas direcciones, con cuya complicación del movimiento vertical que sobrevino, todo se derrumbó en un instante.... Los escombros de las casas y de los templos obs-

truyeron por completo las calles.... El número de víctimas alcanzó á 81, la mayor parte de estos infelices entre la gente obrera; 10 individuos malamente heridos y más de quinientos heridos, siendo en esa época la población de siete á ocho mil ánimas (Dupetit Thouars la avaluó en doce mil). En Concepción las casas construídas con adobes se aplastaron y las de ladrillo sufrieron menos, pero quedaron inhabitables. En los pocos edificios de dos pisos, el segundo se derrumbó y el primero resultó deteriorado....».

Aunque Darwin no haya sido testigo ocular, puesto que llegó á Talcahuano el 4 de Marzo y á Concepción el 5, su relación no carece de interés:

«Después de haber visto á Concepción, confieso que no puedo comprender cómo escapó á la catástrofe la mayor parte del vecindario. En muchos sitios cayeron las casas hacia afuera, formando en medio de las calles montones de tejas y de escombros. El Cónsul inglés, M. Rouse, nos contó que se preparaba á almorzar cuando la primera oscilación le advirtió que era necesario de huir. Apenas había llegado al patio, se derribó una de las paredes de la casa; comprendió entonces que si tenía valor para trepar por aquellos escombros, ya no corría peligro, y así lo hizo. Era tan violento el retemblar del suelo que no podía sostenerse de pie; echóse, pues, á gatas y llegó á lo alto de los escombros en el instante mismo en que se desplomaba el resto de la casa. Cegado y asfixiado por el polvo que obscurecía el aire, pudo, sin embargo, llegar á la calle. Las sacudidas se sucedían á intervalos de algunos minutos; nadie se atrevía á aproximarse á las ruinas; no sabía, pues, si el amigo, el padre, la persona más querida perecían en aquel instante faltos de auxilio. Los que habían podido salvar algo, tenían que vigilarlo sin cesar porque los ladrones se llamaban á la parte golpeándose el pecho con una mano y gritando: Misericordia! á cada nuevo sacudimiento, y apoderándose con la otra todo lo que veían.... La Catedral era notable ejemplo de la diferente resistencia de los muros según la dirección en que se hallaban construídos. El lado vuelto hacia el nordeste no era más que un monton de ruinas, entre las cuales se veían puertas y vigas que parecían flotar

en un océano embravecido. Algunos bloques de mampostería de colosales dimensiones habían rodado muy lejos de su sitio, como fragmentos de rocas al pie de una montaña. Los muros del lado que se extendía del SW. al NE., aunque muy cuarteados, permanecían en pie; pero grandes contrafuertes edificados en ángulo recto con estos muros, y, por consiguiente, paralelos á los derrumbamientos, habían caído, como cortados con un cincel. El choque había dado, además, una posición diagonal á ciertos ornamentos cuadrados que sobre algunas de estas paredes había»

Se publicó en «El Araucano» la nómina de 53 muertos en Concepción, la que envió el Intendente.

En su informe dirigido al Intendente de Concepción y fechado á 23 de Febrero, el gobernador de Talcahuano dice que el temblor duró 3', cayéndose todos los techos y la mayor parte de los edificios. Según Vermoulin los desperfectos fueron menores que en Concepción, mientras que Fitz-Roy relata que escaparon al terremoto sólo tres casas construídas sobre el suelo rocoso.

De la isla Quiriquina cuenta Darwin:

«El primer sacudimiento fué muy repentino; me contó el mayordomo de la isla que el primer indicio que tuvo fué encontrarse rodando por el suelo él y el caballo que montaba; se levantó y volvió á ser derribado. Me dijo también que algunas vacas que pastaban en la costa, fueron lanzadas al mar».

De una carta particular firmada por Antonio del Río y publicada en «El Araucano» del 6 de marzo, se deduce que la ciudad de Constitución (entonces llamada la Nueva Bilbao), se destruyó por completo por el terremoto mismo, sin que hubiera habido más de dos víctimas, pues la gente tuvo tiempo bastante para huir afuera. Duró el temblor cerca de dos minutos y medio, pero apenas un minuto el choque destructor.

El intendente de Cauquenes fecha su informe de una coli-

na vecina al lugar donde existía, dice, la ciudad, habiéndose sacado ya siete cadáveres de los escombros.

Informaciones vagas, pero muy afirmativas, relatan la destrucción de Pemuco, Yumbel, Rere, Ranquil, San Carlos, Parral i Hualqui.

El intendente de San Fernando relata una sacudida aterradoras, pero que ocasionó sólo pequeños deterioros, sea en la ciudad, sea en el vecindario. En cuanto á la provincia de Colchagua añade que sólo sufrieron las iglesias y los edificios públicos; los techos fueron muy deteriorados y cayeron algunas casas, sin que se lamentase víctimas.

Caldcleugh presencié el fenómeno en Santiago y lo describe como sigue:

«La primera conmoción que se hizo sentir era bastante débil y no la acompañaba ruido alguno, era el prelude de otras dos violentísimas ondulaciones, entre las cuales trascurrieron dos minutos y medio. El agua de las acequias que corren en el medio de las calles, fué lanzada afuera».

El temblor se sintió débilmente en Coquimbo, Huasco y Copiapó. Se observó también en Mendoza y en San Luis.

—TALCA

Informe oficial del Intendente Bustamante con fecha del 22 (Publicado por «El Araucano»)... Un espantoso sacudimiento que en menos de tres minutos bastó para arruinar casi todos los edificios de esta ciudad. Cayeron pues todos los templos en su mayor parte, y la iglesia parroquial enteramente. Ninguno de estos edificios ha quedado capaz de servir. Los conventos de los regulares han corrido la misma suerte que las casas de los ciudadanos, que á más de haber perdido todos sus techos, no tienen una pared que no amenace ruina, á excepción de un corto número de habitaciones que no han participado del estrago común con iguales resultas. La Cárcel y Casa Consistorial se ven hoy igualmente demolidas. El Hospital de S. Juan de Dios está concluído; el cuartel provisorio de guardias nacionales

y los cuatro puentes que facilitan la comunicación del centro con el barrio de la Chimba quedaron resentidos y en estado peligroso..... El número de muertos no llega á doce y tres mal heridos.....

—TALCA

Extractos del informe oficial de la comisión municipal investigadora (Publicado en «El Araucano»).

Iglesia Matriz y Casa parroquial. Completa ruina. Torre y murallas al suelo..... El enmaderado y techos con una parte de las paredes cayeron al interior de la Iglesia, de donde resultó quedar sepultados debajo de grandes montones de escombros los altares, imágenes de los Santos, y cuanto se contenía dentro del recinto de la Iglesia. Las casas parroquiales sufrieron igual suerte, habiendo quedado una parte de ellas sepultada bajo los fragmentos de la torre que cayó hasta sus cimientos, y el resto con las murallas en pie, pero completamente despegadas. Santo Domingo..... Edificio del Convento..... Todo el corredor de la parte de la iglesia vino abajo..... Iglesia San Agustín..... Cayó la torre con la cuarta parte del techo y enmaderado y de lo demás la mitad de los tijerales están sentados sobre las vigas y en punto de caer, mientras las murallas se hallan bastante abiertas y ruinosas, principalmente al respaldo del altar; el edificio del convento igualmente malo..... San Francisco Más ruinoso que el anterior y absolutamente inservible. Los tres ángulos del edificio se encuentran sin tejado y las murallas desplomadas..... La Merced..... Las murallas muy demolidas y desplomadas. La Torre y parte inmediata en el suelo. Hospital San Juan de Dios. En el suelo la torre con la mitad del enmaderado, y las murallas desplomadas, rasgadas, enteramente inútiles.....

